



## El escritor público

**E**l ‘escritor público’ es el que se expone públicamente, el que, como la ‘mujer pública’ es de todos”. Así interpreta Joan-Lluís Marfany (en un capítulo de su tan documentado como sugerente y matizable *Llengua, nació i diglòssia*) una expresión con la que se autodenominaron bastantes colaboradores de prensa en el segundo cuarto del siglo XIX.

Aunque bien habría que distinguir al “escritor público” del “periodista”, según se colige de los papeles de la época. Como cuando en la crónica del entierro de Fernando Patxot (agosto de 1859) se precisa que Víctor Balaguer llevaba la representación de “los escritores públicos” mientras que la de “los periodistas” la llevaba un tal Rimont.

Sin necesidad de aludir explícitamente al barón de Maldà o a las sesiones de lectura en voz alta en ciertos salones privados o en academias de pocos, Marfany deduce que el “escritor público” sería “el que escribe no para un círculo selecto de entendidos sino para todo el que pueda y quiera leer, para esto que justamente se empieza a llamar el ‘público’”.

Siguiendo tal vez al Tahar ben Jelloun de *L'écrivain public*, Marfany vincula este tipo de escritor a “la idea de responsabilidad”: el “escritor público”, en quien parece ver la prefiguración del

---

**Marfany deduce que el  
“escritor público” sería  
“el que escribe para todo  
el que pueda y quiera leer”**

---

“escritor engagé” a la manera de Sartre, “lo es porque lo que tiene por decir interesa a todo el mundo, es importante que sea dicho. El ‘escritor público’ no tiene derecho a callar, ni a hablar sólo para unos pocos”.

Es curioso que, refiriéndose a ello de paso en un muy sugerente capítulo sobre “l’escritor català de l’antic règim a la societat capitalista”, Marfany dé tanta importancia a una conciencia individual que, en su materialismo metodológico, ignora o obvia en los emprendedores de una Renaixença (en el más amplio sentido) en la que actúa, más allá de la catalanidad naif, y aún en castellano, una catalanidad que se hace día a día más consciente.

Entre la rutina diglósica y la intencionalidad reformista o revolucionaria propia de la época se movieron también, pues, los “escritores públicos”, que hoy vendrían a ser los columnistas u opinionistas por escrito. Y serían “escritores públicos” por contraste no sólo con los “privados”, que escribían para ser leídos o escuchados reservadamente, sino también en contraste con los amanuenses que escribían en la calle para los iletrados.

Aquellos escribientes por encargo actuaban con gran sentido de la privacidad y del secreto profesional. Encajonados en sus confesionarios de madera, redactaban al dictado cartas de soldados o sirvientas y despachaban todo tipo de papeleo. En Barcelona estuvieron en la rambla Santa Mònica y junto a la Boqueria. Sus últimas casetas se quemaron misteriosamente en las Navidades preolímpicas de 1991.